

Los consejeros del conde de Artois, M. de Calonne y otros, los consejeros austriacos de la reina, eran ciertamente como el partido de la nobleza en general, muy favorables á la expoliación del clero, con tal que la hicieran ellos. Antes que valerse del ejército del fanatismo, preferían hacer un llamamiento al extranjero. No tenían para esto ninguna repugnancia. La reina veía en el extranjero á su propia familia. La nobleza tenía por toda Europa relaciones de parentesco, de casta, de cultura común, que la hacían filósofa por cima de los prejuicios vulgares de nacionalidad... ¿Qué francés era más francés que el general del Austria, el admirable príncipe de Ligne?... La filosofía francesa ¿no reinaba en Berlín? En cuanto á Inglaterra, era justamente para nuestros nobles más avanzados el ideal de la tierra clásica de la libertad. No había para ellos más que dos naciones en Europa: la de las gentes honradas y la de los malos. ¿Por qué no se había de llamar á las primeras en Francia para poner en razón á los otros?

He aquí tres contrarrevoluciones que obran simultáneamente sin poder entenderse:

1.^a La reina, el embajador de Austria, su principal consejero, esperan que el Austria, libre de su cuestión de Bélgica y uniéndose á Europa, pueda amenazar á Francia, estrecharla (por necesidad), rodeándola de enemigos.

2.^a La emigración, el conde de Artois, los brillantes caballeros de *El Ojo-de-Buey* que se fastidian demasiado en Turín, que tienen prisa por encontrar de nuevo á sus queridas y sus actrices, querían que el extranjero obrase con rapidez y les abriera la Francia, no importa á qué precio: en 1779 hubieran querido un 1815.

3.^a El clero menos dispuesto aún á esperar.

Expropiado por la Asamblea, rechazado poco á poco en su casa y puesto á la puerta, quería armar ahora su numerosa clientela de aldeanos y de arrendatarios. Hoy mismo; mañana quizás, todo se enfriará. ¿Qué sucederá si el campesino se atreve á comprar bienes eclesiásticos?... Entonces la Revolución habrá vencido sin remedio.

Este era el momento en que el hombre de Nimes, vuelto de Turín, recorría los campos, organizaba las sociedades católicas y trabajaba de veras en el Mediodía.

En medio de la discusión sobre la inviolabilidad de los votos, un miembro de la Asamblea invocó los derechos de la naturaleza, rechazó como un crimen de la antigua barbarie esta añagaza á la voluntad del hombre, que sobre una palabra escapada, quizá arrancada de su boca, le liga, le entierra para siempre... Allá arriba, en las tribunas, se dejaron oír gritos: «¡Blasfemo! ¡Blasfemo! ha blasfemado.» El obispo de Nancy se lanza á la tribuna: «¿Reconocéis, exclama, que la religión católica, apostólica, romana, es la religión nacional?...» La Asamblea siente el golpe y lo esquiva. Le responde que se trataba, sobre todo, de negocios en la supresión de los conventos; que no había nadie que no creyera la



religión católica religión nacional; que sancionarla por un decreto sería comprometerla.

Esto ocurrió el 13 de Febrero: el 18 se llevó un libelo, repartido en Normandía, donde la Asamblea era señalada al odio del pueblo como si estuviera matando á la vez la religión y la realeza. Se aproximaban las Pascuas; la ocasión fué aprovechada; se vendió, se distribuyó en los alrededores de las iglesias una hoja terrible: *La pasión de Luis XVI*.

La Asamblea, á esta leyenda, podía oponer otra de igual interés, á saber: que Luis XVI que juraba en 4 de Febrero amor á la Constitución, tenía cerca de su heraldo, en medio de enemigos mortales de la Constitución, un agente perpetuo: que Turín, Tréves y París eran como una misma corte sostenida y pagada por el rey.

En Tréves existía asalariada y arreglada por él su casa militar, su grande y pequeña caballeriza bajo el cuidado del príncipe de Lambere.

Les pagaba á Artois, Condé, Lambere, á todos los emigrados, pensiones enormes, y se les señalaban indefinidamente pensiones de alimentos, viudedades y por otros conceptos, de dos, tres ó cuatrocientas libras.

El rey pagaba á los emigrados sin consideración á un decreto por el cual hacía dos meses la Asamblea había probado á retener este dinero que pasaba al enemigo. Había él justamente olvidado sancionar este decreto. La irritación aumentó cuando Cannis, el seveno relator del comité de Hacienda, declaró no poder hallar cuál fuese el empleo que se daba á una suma de sesenta millones.

La Asamblea ordenó que para todo derecho presentado á la nación el guardasellos daría cuenta *en los ocho días* de la sanción real ó de la negativa de sanción. Grandes gritos, gran lamentación sobre esta exigencia ofensiva para la voluntad del rey... Cannis respondió haciendo imprimir el muy célebre *Libro rojo* (1.º de Abril), que el rey le había confiado, con la esperanza de que permanecería secreto entre él y el comité. Este libro inmundo, manchado en cada página con las suciedades de la aristocracia, con debilidades criminales de la realeza, muestra si había ó no razón para cerrar el canal por donde se iba la vida de Francia... ¡Bello libro! El solo llevó á la Revolución los corazones de los hombres.

«¡Oh cuánta razón tenemos!» Este fué el grito general, y ¡cuán lejos se estaba aún en las acusaciones más violentas de entrever la realidad! Al mismo tiempo se robustece la fe que este monstruoso régimen contra la naturaleza, contra Dios, no podía jamás recuperar. La Revolución cuando ve sin velo y sin máscara la faz horrible de su adversario, se afirma sobre sí misma, se siente vivir y para siempre... Sí, cualquiera que hayan sido los obstáculos, las interrupciones, las traiciones, ella vive y vivirá.

Un signo de esta gran fe es que en la estrechez y penuria universal, en medio de una oposición grande de los impuestos indirectos, el impuesto directo fué pagado regular, religiosamente.

Se ponen en venta cuatrocientos millones de bienes eclesiásticos. Y sólo la villa de París compra doscientos millones. Todas las municipalidades la siguen.

Aquella marcha era muy buena. Pocas gentes hubieran querido expropiar por sí mismas al clero; sólo las municipalidades podían encargarse de esta penosa operación. Debían comprar primero y luego revender. La excitación era grande, sobre todo en los campesinos; he aquí por qué las ciudades debían dar ejemplo, comprando y revendiendo cuanto antes las casas eclesiásticas; la venta de las tierras vendría después.

Todos aquellos bienes servían de hipoteca al papel moneda que había creado la Asamblea. Cada lote quedaba asignado, afecto á una clase de papel; por esto aquellos billetes fueron llamados *asignados*. Cada papel era un pedazo de propietario, de tierra movilizada. Nada de común tenían con los famosos billetes de la Regencia, fundados sobre terrenos del Misisipí, terrenos muy lejanos y de dudosa existencia.

A su garantía natural agregad la de las municipalidades que habían comprado al Estado y que revendían. Divididos en tantas manos, una vez lanzados á la circulación aquellos lotes de papel, iban á comprometer, á interesar á la nación entera en aquella gran operación. Todos poseerían de esta moneda; los enemigos como los partidarios estarían igualmente interesados en la salvación de la Revolución.

Entre tanto, el recuerdo de Law, la tradición de tantas familias arruinadas por el *sistema*, era un gran obstáculo. Francia no estaba acostumbrada como Inglaterra y como Holanda á ver circular valores en forma de papel.

Era preciso que todo un pueblo se elevara por encima de sus costumbres y hábitos tradicionales; era un acto de espiritualismo, de fe revolucionaria, lo que pedía la Asamblea.

El clero quedó aterrado al ver que sus despojos se dividirían en manos de todos. Dividido en polvo impalpable, no había esperanza de que volviera á sus manos jamás.

Se esforzó en predicar que los asignados eran cosa semejante á los bonos del Misisipí: «Había creído—dijo pérfidamente el arzobispo de Aix—que habiais realmente renunciado á la bancarrota.

La respuesta era demasiado fácil, y entonces exclamaron: «Y todo ha sido arreglado por los banqueros de París; pero las provincias rechazan vuestro papel.»

Entonces se les leyeron las notas de provincias que reclamaban la pronta creación de los asignados.

Habían creído, cuando menos, ganar tiempo, y en el intervalo quedar en posesión, esperando siempre alguna circunstancia propicia.

Perdida esta esperanza, escuchan á Prieruz: «¿Qué confianza podrá tenerse en la hipoteca que constituye la garantía de los asignados, si los bienes hipotecados no están en nuestras manos?»

De aquí nació la premura en desposeer inmediatamente al clero y entregarlo todo en manos de las municipalidades y de los distritos.

La Asamblea había prometido al clero un monstruoso presupuesto de un centenar de millones, y aceptándolos estaban inconsolables.

El arzobispo de Aix, en un discurso jeremiaco, lleno de lamentaciones infantiles, preguntó si es que había el propósito de arruinar á los pobres quitando al clero lo que le fué dado para los pobres. Después de esta paradoja defendió esta otra: «Que la bancarrota seguiría infaliblemente á esta operación, destinada á evitar la bancarrota.» Acusó luego á la Asamblea de haber puesto mano sobre lo espiritual, declarando nulos los votos, etc., etc.

Y finalmente llegó á ofrecer, en nombre del clero, un empréstito de 400 millones con la hipoteca de sus bienes, á lo cual Thouret respondió con su flemma normanda: «Ese ofrecimiento se hace en nombre de un organismo que ya no existe...»

Y luego agregó: «Cuando os ha enviado la religión al mundo os ha dicho: Id, prosperad y adquirid...»

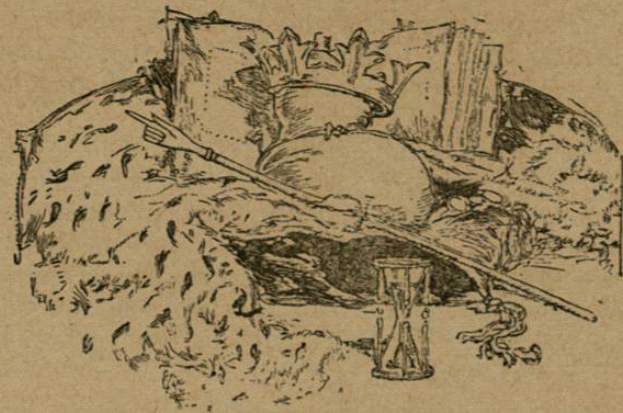
Había en la Asamblea un buen hombre llamado Gerle, de excelente corazón, corto de vista, entusiasta patriota, pero no menos buen católico. Creyó (ó probablemente se dejó persuadir por alguno del clero) que lo que atormentaba á los prelados era únicamente el peligro espiritual, el temor de que el poder civil tocara al santuario.

«Nada más sencillo—decía ingenuamente—que responder á los que dicen que la Asamblea no quiere ninguna religión ó que quiere admitirlas á todas en Francia, decretando: Que la religión católica, apostólica y romana es y será siempre la religión de la nación y que su culto es el único autorizado.» (12 de Abril de 1790.)

Carlos de Lameth creyóse obligado á decir que la Asamblea, que en sus decretos seguía el espíritu del Evangelio, no tenía ninguna necesidad de justificarse de este modo. Pero la cosa no concluyó aquí. El obispo de Clermont replicó aparentando extrañarse de que cuando se trataba de rendir un homenaje á la religión se deliberara, en lugar de responder con una aclamación de todos los corazones.

La derecha entonces se puso en pie y lanzó un viva.

Aquella noche los clericales se reunieron en los Capuchinos y prepararon, para el caso en que la Asamblea no declarara el catolicismo religión nacional, una violenta protesta que se llevaría solemnemente al rey y que se repartiría profusamente por toda Francia, para hacer saber al pueblo que la Asamblea nacional no quería ninguna religión.



CAPITULO VIII

Lucha religiosa —La contrarrevolución. (Mayo de 1790.)

Continuación.—La Asamblea elude la cuestión.—El rey no se atreve á recibir la protesta del clero (Abril).—Movimiento religioso en el Mediodía (Mayo).—El Mediodía siempre inflamable.—Antiguas persecuciones religiosas; Avignon, Tolón.—El fanatismo hábilmente reavivado.—Los protestantes siempre excluidos de las funciones civiles y militares.—Unanimidad de los dos cultos en 1789.—El clero reanima el fanatismo y organiza la resistencia en Nimes (Abril).—Connivencia de las municipalidades.—Asesinatos de Montauban (10 de Mayo).—Triunfo de la contrarrevolución en el Mediodía.

La proposición de aquel hombre ingenuo había cambiado por completo la situación.

De una época de discusión, la Revolución parecía haber entrado de pronto en un período de terror.

Dos terrores estaban enfrente. El clero tenía un argumento mudo, sobreentendido, formidable; mostraba á la Asamblea un monstruo, la guerra civil, el levantamiento inminente del Oeste y del Mediodía, el probable renovamiento de las antiguas guerras religiosas.

La Asamblea tenía en sí misma la fuerza inmensa, incontrastable de una Revolución lanzada con todo impulso, que debía revolverlo y reconstruirlo todo; de una Revolución que por órgano principal tenía la plebe de París.

A las puertas de la Asamblea rugía diariamente y se hacía oír y entender mejor que los diputados.

No había papel más hermoso que el del clero, por lo mismo que parecía llevar envuelto un peligro personal; este peligro lo salvaba. Todo prelado incrédulo, licencioso é intrigante, se encontraba de buenas á primeras llevado hasta la gloria del martirio, gracias á la agitación popular. Martirio imposible entonces, por las infinitas precauciones tomadas por el general Lafayette, tan popular en aquella época que, en pleno apogeo de su fama, era el verdadero rey de París.